

- *Nota previa:* Lo que trato en general en estos textos y audios depende —en sus principales intuiciones y bases— de cierto desarrollo y cierto “proceso de asimilación” de las enseñanzas compartidas en divinetruth.com.

En el desarrollo, a veces aventuro cosas, y puede haber altibajos de precisión... pero he de insistir en que nada de esto habría sido posible en mi caso sin las enseñanzas de Jesús y María Magdalena (que unificaron por fin “todo”, en esta búsqueda, en este que ahora es “caminar realmente con Dios”, y no en los sucedáneos anteriores —y ya sea que yo ahora vaya a tener o no altibajos debido a mi vivencia con la *ley de compensación*, y debido a las resistencias que todos tenemos en algún grado—).

Entonces, una advertencia muy importante (!):

No existe en absoluto la *reencarnación* generalizada —no existe la reencarnación al uso—, pero sí sucede que el alma completa que llamamos “Jesús y María Magdalena” (*re*)nació físicamente en Australia, en el siglo XX de “nuestra era” —tal como en “occidente” contamos el tiempo—. En estas vidas físicas ellos dos se llaman *Alan John Miller* y *Mary S. Luck*.

- Ver la *página* asociada a este texto (enlace abajo) que contiene el mismo texto, así como enlaces al audio, etc.

- Título de este texto, y enlace a la página correspondiente:

«Altruismo: ¿Por qué ni se necesita hablar de ello? | Y notas sobre el “misterioso” dinero»

- Enlace (página correspondiente a este texto, su audio, etc.):

(licencia de este documento: *Creative Commons: CC BY-NC-ND 3.0 ES; Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0 España*: <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/es/>)

Versión 1.01. 28 de julio, 2023
(Primera redacción: 25 julio, 2023)

Palabras clave: alma, altruismo, amor, verdad, perdón y arrepentimiento, dar y recibir, dinero, bancos, tecnología

Índice

Introducción: el caso de Fred y un aparente “fracaso material” que no fracasó; ¿qué es “salvarse”?	2
Armonías y desarmonías	3
¿Fred sacrificó el “amor por sí mismo”? Las prioridades en el amor, y cómo es que no hace falta ni tratar sobre el concepto de “altruismo”	5
¿Es más bienaventurado dar que recibir? Del dar y el recibir en las relaciones: dinero, comida, bancos, vida, miedo... A modo de “Potpurri veraniego”	6
A modo de dedicatoria	12

Introducción: el caso de Fred y un aparente “fracaso material” que no fracasó; ¿qué es “salvarse”?

En este texto (y audio, etc.) vamos a contextualizar el “altruismo” en las enseñanzas que estamos viendo, en este “camino con Dios”.

¿Altruismo? Esa cualidad no necesita en realidad separarse, pues simplemente sería ser en el amor, en la vida, tal como Dios lo sería (que en el fondo es muy simple, demasiado para nuestra máa o menos orgullosa fachada espiritual, o fachada a secas).

Ha habido muchos casos de personas que han pasado a “la otra vida” al intentar salvar físicamente a alguien, por ejemplo a niños. Y quizá se diría que “no tuvieron éxito”.

Y pensaríamos... ¿quizá era mejor “haberse estado quietos”? Pues pensemos en “lo que luego sufriría la familia del fallecido”, etc., si esas personas dejaron el cuerpo físico atrás para no conseguir al final nada, o casi nada, con su acto altruista.

El protagonista de uno de los pocos libros tratados por Jesús y M. Magdalena —aparte de los mensajes “de Padgett”, que también Jesús y María Magdalena han tratado a fondo en algunos encuentros— es una de esas personas que “murieron” de forma altruista, digamos.¹

El fallecimiento fue más o menos así:

Fred ya llevaba su “caminar espiritual”, bastante independiente, digamos. Estaba sensibilizado, parece que “de corazón”, con la vida de “personas necesitadas” en aquel Londres de la época, y creo que lo que visitaba en el momento de su muerte era el extrarradio, ya que lo hacía algo frecuentemente.

En una de esas visitas, que iba a ser físicamente la última, cuando veía cómo iba a ser atropellado por un coche de caballos un niño “de la calle”, saltó a salvarle.

En aquel tiempo, que sería supongo que a finales del siglo diecinueve, y tal como hoy ocurre en muchos sitios, habría niños “suelos”, más o menos mendigando, sin familia, etc.

Y la cosa es que al ir a evitarle ese accidente al niño, murieron los dos.

Y ni se enteraron, es decir, no sintieron dolor, etc. (al parecer tampoco el niño, si Fred no lo sintió).

Y Fred de repente se encontró con el niño en brazos, pero en “otro lugar”. En seguida vinieron a tomar al niño para llevárselo a un sitio más adecuado que no fuera la compañía de un señor que estaba tan desconcertado en esa visita, su “visita” consciente —“demasiado consciente”— al mundo espiritual... así que nuestro protagonista siguió ahí, habituándose por sí solo a la nueva situación, en eso que ahora llamaríamos “mundo espiritual”, o “mundo de los espíritus”, etc.

Por supuesto, un niño así, “de la calle”, no se merecía eso, ese accidente (y cuidado, lo decimos porque no hay casualidades, en realidad no)... no “se lo merecía”, tal como en realidad, y en cierto sentido, “nadie se lo merece”.

Pero la ley de compensación es la ley de compensación, y el libre albedrío es el libre albedrío; y esa ley actúa sobre las heridas emocionales, y también actúa en un niño, como alma que apenas empieza a ser autoconsciente y que ya tiene que apañárselas en esas condiciones, con su alma herida.

Pero esa no es la misma situación, en cuanto a la ley de compensación, que la de un adulto que lleva ya más tiempo de vida a sus espaldas, y que por tanto, aunque haya tenido un comienzo de vida tan duro (si también fue “niño de la calle”), sin embargo ya ha tenido más tiempo para desarrollarse, y pese a que de joven aún no siga siendo del todo responsable emocionalmente de su estado (en el sentido de que las heridas no las puso él en su alma, las iniciales...), sí tiene cada vez más capacidad de iniciativa para poder sanar, es decir, para dejar de resistirse a sentir humildemente las heridas emocionales, y en general dejar de pecar.

1 Sobre esto, ver aquí: unplandivino.net/transicion/ el apartado sobre Robert J. Lees, que es el “médium” que escribió la vida del desencarnado que se le presentó, entre otros (llamado Fred en su “vida física”, y Aphraar en el mundo espiritual, pues así parece que se llamaba él como espíritu).

Es decir, el niño tiene una valía muy baja, un “amor propio” muy bajo, un sentido muy bajo de lo que “personalmente vale”... y eso le hace meterse en accidentes así como así, metiéndose entre las ruedas y patas de aquel coche de caballos, así como por despiste.

Pero ese estado es uno más “comprensible” que el que podría ese mismo niño vivir en el futuro, de joven, en una situación hipotética a la que podría llegar tras haber sobrevivido a aquella “vida de perros” durante digamos diez años. Pues pongamos que, por ejemplo, este joven, tras beber algo de alcohol —para “olvidar las penas” (¿o quizá simplemente al ir corriendo sin mirar, intentando escapar de algún delito cometido por él?... quién sabe por lo que se metería ahí entre las patas de los caballos...)—, se mete efectivamente “sin querer” bajo ese coche de caballos y es atropellado.

En esta otra situación, por supuesto, no va a haber un Fred por ahí que esté tan dispuesto a salvarle la vida física al joven... ni un Fred que sea tan capaz de ello, por cierto (simplemente debido al tamaño del niño, ya mayorcito... etc.).

Cuando ya somos más mayores, o sea, cuando vamos acumulando amargura, en el sentido de tener ya un cierto resquemor y deseo de resarcirnos, desquitarnos, vengarnos de la vida... por las muchas o pocas “injusticias” acumuladas en el alma, y que son más o menos “inconscientemente” protegidas por nosotros mismos y por nuestra *resistencia*... así... en esa amargura... reconocida o no como tal... en ese “cinismo básico”... nuestros actos temerarios o directamente nuestros pecados más flagrantes no van a verse tan fácilmente asistidos por las leyes naturales y por el libre albedrío de otras personas para “librarnos de sus consecuencias” (de las consecuencias de nuestro comportamiento, es decir, de las consecuencias de la condición actual de nuestra alma, nuestra voluntad; es decir, de las consecuencias de nuestros actos, deseos, intenciones, pasiones, etc.).

(Aunque, como siempre, esta última frase —acerca de nuestras resistencias, de nuestra amargura, etc.— tiene una salvedad, que, como siempre, es Dios. La salvedad es que Dios, en nuestra potencial relación personal con Ella, sí podría y siempre querría asistirnos personalmente en cualquier momento —pero ese es otro cantar... por ahora—).

Entonces, ¿qué le pasaba a Fred? ¿Estaba loco, majara perdido... siendo que al final “murieron” ambos?

Armonías y desarmonías

A partir de aquí suponemos que Fred actuó realmente de manera “altruista”, es decir, en armonía con Dios; es decir, en armonía con lo mucho o poco que recibiera de amor de Dios ya, en su alma, en su vida (pues parece que él debió de recibirlo antes de morir, o sea, que lo pidió con éxito, es decir, con un deseo sincero, pese a lo mal o lo bien que estuviera su *condición álmica*).

Fijémonos en que ese altruismo, si es realmente eso, altruismo, es decir, si está en armonía con el amor, y puesto que amor y verdad van juntos, entonces ha de haber muchos errores con los cuales no esté en armonía, en tanto que altruismo.

Uno de esos errores es uno ya muy “evidente” para nosotros: aquel que dice “somos el cuerpo físico, o básicamente somos tal cuerpo”.

El mundo ve, siente y vive eso —ese error— como una verdad (“somos el cuerpo físico, básicamente”). Pero si “el altruismo” tuviera “ojos”, si lo personificamos, el altruismo más bien no vería eso como verdadero.

El altruismo es más bien armónico con esta forma de la verdad: “básicamente no somos el cuerpo físico”.

Y si es un verdadero y pleno altruismo, estará completamente en armonía con la verdad de Dios acerca del tema: *somos un alma* (nada más simple... bueno, somos la mitad de un alma, por cierto).

Dios no está en armonía con el error, pues entonces estaría en armonía con lo que produce miedo, pues el error produce eso. Y eso haría estallar todo de inmediato, por así decirlo.

El altruismo, aquí y ahora, en ese aquí y ahora de la espontaneidad de Fred al lanzarse así a salvar al niño... se compone de:

- esa intención (claramente en armonía con el amor de Dios, y más aún en este caso donde se trata de un niño/a...)...
- y de un acto, “la ejecución de la intención”, digamos.

Porque Fred podría haber querido con toda el alma lanzarse a salvar al niño, pero quizá una mujer que justo en ese momento pasaba por ahí, a su lado, y que estuviera “todavía más en armonía con Dios”, podría haberle hablado rápidamente para despistarle quizá... para “al menos salvar la vida física de uno de ellos” (pues la mujer podría haber sentido a Dios en ese mismo instante, habiendo así sentido la opinión emocional de Dios completa acerca de lo que iba a pasar).

Pero esto lo decimos bajo el supuesto —que será uno bastante cegato— de que el acto de Fred no haya estado plenamente en armonía con Dios “en todo”, en toda la verdad... incluyendo ese resultado “fatídico” de la muerte de ambos (pero no porque Dios quisiera que ambos murieran, cuidado)...

Y lo digo porque... ¿qué pasa con el niño y el futuro de este niño? Si Fred no hubiera expuesto en ese momento su vida física así, quizá el niño incluso podría no haber muerto; podría haber rehecho un poco su vida, pero podría haber muerto después en condiciones mucho más traumáticas, y habiéndose quizá convertido un poco en criminal, incluso asesino, etc.; no sabemos.

Y, asimismo, ¿qué pasa con la vida de Fred como alma si no se hubiera atrevido a hacer eso en ese momento? Si hubiera repetido esos actos en los que retenemos esa acción espontánea que a veces nos surge *de corazón*, ¿se habría dado él por ejemplo a la bebida? ¿O se habría ido retirando de lo que estaba haciendo?

Como vemos, el altruismo no es una cosa de “fuerza de voluntad”, sino de un cierto “aquí y ahora” inmediato; no está mediado por razonamientos, por pensamientos sobre lo que podría pasar, sobre el riesgo... Peor tampoco es “irracional”.

Está en armonía con Dios, pues Dios no tiene miedo. Pero alguien altruista no es temerario.

“El altruismo” no está en armonía, pues, ni con pensamientos sobre cuál será el riesgo de la situación dada, ni con pensamientos del tipo “las gallinas que entran por las que salen”, es decir, de un cierto “trueque emocional y/o material”, donde podríamos pensar a posteriori cosas como...:

¡pero si al final han muerto *dos* personas en vez de *una* sola! ¡Y así, Fred no va a poder seguir ayudando a gente en el mundo físico! Etc.

Pero... somos el alma, y ¿qué pasa si los dos se hubieran salvado físicamente? Quizá, como dije, ese niño habría muerto poco después en una situación similar, pero más traumatizado, es decir, con más trauma en su alma al no haber podido recibir aquella acogida por parte del altruista Fred, que lo tomó en sus brazos... aunque al final no pudiera salvarle la vida física.

En este caso, literalmente, podríamos decir que se cumple aquella parte final de la oración del amor divino... se cumple, diríamos, para ese niño que, menos que nadie, se merecía morir traumatizado:

Dios siempre está dispuesta a levantarnos y tomarnos en sus *brazos* de amor infinito... no importa cómo de bajo caigamos, o lo que hagamos o dejemos de hacer... pues siempre, si lo deseamos con sinceridad... puede darnos su amor (si se lo permite nuestra apertura, nuestro “desbloqueo” aunque sea muy momentáneamente... nuestro deseo).

¿Fred sacrificó el “amor por sí mismo”? Las prioridades en el amor, y cómo es que no hace falta ni tratar sobre el concepto de “altruismo”

Fred quizá, o con toda seguridad, en ese acto no habrá sacrificado el amor por sí mismo para “darse” sacrificadamente a los demás.

Es decir, si uno “se siente alma”, y si uno incluso siente cada vez más el amor de Dios que ya pueda haber recibido en el alma —mucho o poco—, y si, por tanto, no sólo “nos sentimos el alma que somos”, sino ya efectivamente eternos (pues el amor de Dios es un “pedazo” del infinito, de la sustancia divina que es nuestra Madre personal Infinita...)... ¿vemos y sentimos así, un poco, lo fácil que es “entender” el altruismo... y por qué no hace falta pensar ni usar este concepto?

Es nuestro sentido herido de nosotros mismos, es nuestra baja valía,² lo que nos hace escondernos en nuestras heridas haciéndonos una *fachada*, una fachada que puede ser una muy espiritual, por cierto, una fachada que además se fuerce mucho a “hacer buenas obras”.³

Es decir, podemos ir por ahí intentando hacernos los “héroes” (mala palabra parece ser esta, “héroe”, para describir este “fenómeno” del altruismo, del altruismo en el sentido de Dios...)... podemos ir por ahí haciendo eso, pero si lo hacemos por algo más que por amor, estaremos —como se suele decir— “haciendo un pan como unas hostias”.

Es decir, podemos sacrificarnos en vez de actuar altruistamente de verdad. ¿Y qué es sacrificarnos? En realidad es sacrificar el amor a nosotros mismos usando a otros para ello.

Los demás están, sí, “por debajo” de nosotros en la jerarquía de las prioridades del amor, pero hay que entender bien esto, pues están por debajo si nos vemos, todos, como almas, y no como cuerpos físicos ni cuerpos-espíritu (esos que tenemos pegados al físico en vigilia). Como ya vimos, están así como “por debajo” porque nosotros hemos de sanar realmente el alma e ir siendo felices de verdad, para así poder hacer felices realmente a los demás.

Es decir, por ejemplo, si nos forzamos a ser buenos, en realidad estamos usando situaciones de la vida —como puede ser la desgracia o penuria de otras personas— para nosotros no sentir aquello que no queremos sentir en nuestra actitud forzada.

Es decir, para seguir en la resistencia a afrontar las verdaderas causas emocionales que nos hacen no poder ser verdadera y espontáneamente “altruistas”, podríamos hacer cosas que por ejemplo van desde pagar cuotas a ONG’s más o menos dudosas en su efectividad a la hora de supuestamente “salvar el mundo”... hasta cosas como realizar más o menos forzosamente muchos actos supuestamente altruistas, pero que en el fondo son algo que utilizamos (esos actos, y a esa gente) para mantenernos en esa fachada y proteger nuestras heridas.

Sin embargo, si no protegieramos esas heridas (si elimináramos la resistencia) y fuéramos de verdad humildes... si fuéramos de nuevo como “niños chicos”, como niños pequeños más o menos puros y cada vez más puros, tendríamos cada vez menos fachada, y nos saldría un altruismo no sacrificado; es decir, que no sacrifica el estado real de nuestra alma (herida), para hacer como que nos sacrificamos por los demás y “les salvamos” (sea como sea la forma de tal supuesta “salvación”, y, paradójicamente, aunque a veces podamos tener cierto éxito, más o menos superficialmente hablando, con nuestra actitud más o menos forzada).

2 Sobre este tema ver: “Humildad y valía”: unplandivino.net/humildad-valia/

y “Nuestra valía y el pecado intencional”: unplandivino.net/pecado-intencional-valia/

3 Ver sobre la fachada en general, en el proceso en que desde la infancia nos creamos una fachada imitando el “no querer sentir” de los adultos (y por tanto individualizamos nuestra alma de manera *desarmónica*), ver el texto-audio “Niños y fachada”: unplandivino.net/verguenza-sexual-evento-infancia/

¿Es más bienaventurado dar que recibir? Del dar y el recibir en las relaciones: dinero, comida, bancos, vida, miedo... A modo de “Potpurri veraniego”

De lo dicho quizá es fácil concluir y entender un poco aquella célebre frase: “*Más bienaventurado es dar que recibir*”, que aparece en ese lugar de las “escrituras” tradicionales llamado *Hechos 20:35*⁴.

Fred por su parte se podría haber esforzado en salvar al niño pero sin sentirlo “bien”; o sea, sin que le “saliera del alma” el acto de arrojarlo a salvarlo, aunque al final se metiera bajo el coche de caballos y no fuera la vida física lo que “salvó” al final.

Pero de otro modo, es decir, si se hubiera quedado retenido en esa especie de “voluntad forzada” (paradójicamente retenido así, en ese caso hipotético) seguramente él ni siquiera habría llegado a “poder morir” ahí; es decir, no habría podido llegar a tomar al niño en brazos, por lo menos.

Por contra, lo que ocurrió en la realidad es que Fred habría “dado desde su alma”, y así, habría recibido (y no sólo él)... habría recibido ¿qué?

¿Qué habría recibido por y para su alma y/o para la del niño?

Como siempre... tenemos la pregunta de: ¿qué pedimos... y por tanto qué se nos da... y cuándo y cómo se da “multiplicado”, eso que pedimos?

Empecemos a explorar un hecho básico sobre “el dinero”, y que es algo creo que comentado por las personas que tienen “mucho dinero” (ellas mismas parecen decir algo parecido a esto, ellas, que conocerían muy bien... o que “saben usarlo/manejarlo”, en el sentido de multiplicar... etc., el dinero):

El dinero sólo “vale”, es decir, sólo es tal, sólo es dinero... cuando se usa; es decir, cuando se está moviendo, se invierte, se gasta, fluye...

Así, es un curioso concepto, o “frase”, según quién la diga... con unos significados casi opuestos... lo de “tengo dinero” (pero no nos adelantemos).

Es curioso ver que el dinero, en tanto que dinero... o sea, la esencia del dinero, el “en sí” del dinero, parece ser el mero hecho de *tener que “perderlo”*. Pero no sólo eso, sino que su propósito mismo sería ese: que “hay que perderlo” para que “sea dinero en sí” —para que “se cumpla su ser”, digamos—.

El “en sí” del dinero es, pues, su potencial gasto, es decir, algo así como su *negación*.

Comparémoslo con la comida. Eso no pasa con ella, pues para que la comida sea comida —su “en sí”— ha de servirnos muy objetivamente, en el sentido de que sirve para algo que es muy “directo”.

Aunque, claro está, es un servicio que “la comida” nos presta y en el que normalmente nos involucramos bastante *adictivamente*, pues para poder mantener los cuerpos físicos y en general nuestro sistema, nos sorprendería saber y comprobar cuán poca comida hace falta, y cuánto importa realmente su calidad, y sobre todo la calidad del ánimo que tengamos —con más o menos amor, cuando comemos, etc.—.

Es desde el alma propia de uno mismo que podemos hacer que poco a poco y de forma natural necesitemos mucha menos comida en cantidad, y una comida mucho menos procesada, etc.

Así pues, el “en sí” de la comida es también relativo, pues el alma gobierna y eso importa en todos los aspectos.⁵

4 Ver, por ejemplo: [https://www.biblegateway.com/verse/es/Hechos 20:35](https://www.biblegateway.com/verse/es/Hechos%20:35)

5 En un audio vimos hace algunos meses (porque es un tema que conocí efectivamente) que los espíritus o desencarnados pueden “trucar el cuerpo energético” (es decir, pueden trucar la relación entre dicho cuerpo —el que también llamamos “espiritual” o “espíritu”— y el cuerpo físico), de modo que no tengamos necesidad de comer, e incluso ni de beber líquido, y no muramos.

En muchos casos (los normales) todo dependería de las acciones que los espíritus pueden realizar en ese sentido. Estos serían unos espíritus que suponemos algo más brillantes, y que ya habrían ayudado en casos anteriormente (casos de personas encarnadas físicamente donde fueron aprendiendo a simular ese “valerse del alma

Pero la comida parece similar al dinero en tanto que una vez que algo se etiqueta como “comida”, su “ser en sí”, su “en sí”, es su capacidad de ser ingerida —con más o menos ansias— por alguien; es decir, de perderla en tanto que comida.

Aunque, cuidado, pues tenemos un fenómeno muy general con esto de “el mercado”: cuando algo es etiquetado, cuando “entra en el mercado” y sus normas, en realidad a menudo el primer objetivo de ese gesto tan normal es “poder maximizar las ganancias” en torno al “producto” en cuestión, y no tanto otros hechos que a menudo se vuelven muy accesorios (dependiendo de cómo de mindundis seamos :))... muy accesorios... según “la lógica del mercado”.

Me refiero a cosas accesorias como que la comida nutra; o que esté rica y que a la vez nutra; o que no sea muy adictiva, etc. (Aunque esa “cualidad adictiva” es algo que en general viene de nosotros; es decir, es algo que pondremos nosotros, mucho o poco, en nuestras vidas, “con nuestra alma” o “desde nuestra alma”; pero sin embargo hay sustancias —como el azúcar o casi cualquier sustancia más o menos refinada— que conllevan ciertos efectos metabólicos bien conocidos, etc.).

Mientras tanto, ¿qué hay del dinero?

Mientras el *supuesto propietario* del dinero no lo use, no use “su” dinero para él o ella, el dinero parece ser algo así como virtual:

O bien es un billete que prácticamente no vale nada (y tampoco se estropea, al contrario que la comida, que sí puede estropearse)...

O bien es un mero número en una cuenta bancaria, siendo que los bancos, no por casualidad, se encargarían de “mover” ese “bien”, y parece que lo intentarán hacer todo lo que puedan y en el sentido de “lo mejor” que puedan moverlo (y usualmente usando la lógica del “mero beneficio” (“lucro”); es decir, la lógica del “más más más más más más más...”).

Y es que “el banco” “sabría” todas estas cosas, pues simplemente ese sería su “en sí”, y por tanto es su cometido, esa, su función, es “su ser” (y, qué curioso, pues parece ser una de esas entidades que tendría “mucho dinero”).

Ahora, comparemos esto con la “sustancia-miedo”, o sea, el miedo.

Bueno, de hecho ya estamos hablando de dicha “sustancia” cuando hablamos de transacciones monetarias en general, pues la sustancia misma del simple hecho de retener el dinero, o sea, lo sustancial del hecho de que retengamos el dinero, muchas veces parece ser miedo, el miedo, y básicamente nada más que el miedo: miedo “a que nos falte”, etc.

Lo llamamos “ahorrar”... y creamos instituciones, o religiones ideológicas, etc.

Y al espíritu de ahorro lo llamamos “ser sensatos”, “previsores”.

Pero, lo dicho, a menudo parece que en ese “gesto” prepondera el simple miedo como la principal sustancia en la que se basan nuestros objetivos al “retener dinero”.

¿Acaso no podremos ser felices si no se cumplen los planes para los cuales retenemos “x” dinero ahora, con vistas a poder hacer algo en un futuro en el que, tras muchos otros pasos similares, lo que hemos pensado que nos dará la felicidad o más felicidad nos pueda dar esa felicidad que anhelamos?

Mmmm... todo esto parece muy dudoso.

Veamos por un momento qué es lo que parece suceder con el “en sí” del miedo.

propia” para poder alimentarse, etc.).

Si esto lo pueden realizar en el “campo” de las heridas emocionales de un humano encarnado es porque tendrían una mejor perspectiva sobre lo que está pasando en ese nivel “energético”, es decir, en la traducción —que siempre existe y pueden ver— de las heridas del alma en nuestro cuerpo-espíritu.

Ver: “*El estado pránico: un juego de desencarnados “positivos” con nuestros cuerpos energéticos*”:
unplandivino.net/estado-pranico-espirtus/

Esencialmente parece que el miedo sólo existe para desaparecer, cosa que, en parte, es la misma que lo que sucedía con “el dinero”.

Es decir, el miedo existe meramente con vistas a desaparecer, pues está efectivamente destinado literalmente a desaparecer, y siempre es así, ya que el miedo no encaja, no casa, con el diseño del alma humana —tal como estamos poco a poco asimilando que dicho diseño es, en esta especie de “experimento científico”, más o menos auto-reflexivo, que en realidad es casi cualquier “camino espiritual”, en el fondo—.

Y es que el alma —ese complejo ser que anima y acoge y da vida a los cuerpos: al cuerpo físico y al cuerpo-espíritu—, el alma... decíamos, estaría objetiva y técnicamente diseñada para que los humanos (que somos almas: la mitad de un alma completa) sean felices.

Y resulta que está demostrado que el miedo encoge, acogota, constriñe, deteriora... y ello por mucho que normalicemos esa “sustancia insustancial”, y por mucho que pensemos, por tanto, que cosas como la vejez, la enfermedad, o la muerte tal como la entendemos... y cierta cantidad de “puro egoísmo”... son naturales, son cosas “naturales”.

Entonces, es así como parece que podemos ir entendiendo que habría una íntima relación entre lo que se suele hacer con el dinero (e incluso entre lo que suele entender por “dinero”), y el simple miedo (y ni que decir tiene que sobre esto pensaríamos en las empresas aseguradoras, etc., pero casi en cualquier institución humana, incluyendo los “hogares”).

Así pues, efectivamente, al parecer los bancos y entidades crediticias conocen perfectamente (y practican a placer, y parece que a gran escala) el hecho de que:

«Es “más bienaventurado” dar (dinero) que recibir».

Es decir, parece ser más bienaventurado, al menos a un relativo corto plazo, *moverlo* todo el rato de aquí para allá, y en grandes cantidades, y con más o menos espíritu de usura —esa es otra cuestión (?)—.

Es conocido, pues (y lo llaman “ciencia económica”, a veces), que es más bienaventurado poder “darlo” a tutiplén (invertir), aunque sólo sea física o materialmente hablando... más, o antes, que recibirlo (?).

O al menos es más entretenido... o es más adictivo... según para quién, eso de “poderlo estar todo el rato moviendo”.

De hecho, los bancos pueden o podían, o tienen o tenían, el derecho de *inventar* dinero de la nada, cosa que en gran medida sería el crédito.

Y bien, con esto del dinero, al hablar del “capitalismo”, parece que se han comentado mucho algunas cosas que son por el estilo de lo que ahora vamos a ver en seguida. Y es que sucede algo así como que tendríamos *dos grandes niveles*, simplificando las cosas:

- Por un lado tenemos el nivel de los “pringados” o “mindundis” (o “pejertos”, “pichis” “pichiruchis”... Aquí en este país decimos “mindundis” a “los don-nadie”)...

Ese es “nuestro nivel”, pues.

- Por otro lado tenemos el “capitalismo” de “altos vuelos” (movimientos grandes de dinero, grandes inversiones, técnicas financieras variopintas, etc.).

En el nivel de los “pringados”, en el que casi todos estamos por defecto, nos las vemos con el simple “poder tener dinero para poder comer”, o sea, para al menos poder intercambiarlo por bienes como la comida, y siquiera poder alimentarnos...

Alimentarnos, y poco más, aunque a veces ese “poco más” resulta estar compuesto de bastantes

adicciones más, de esas adicciones que, “con suerte”, a veces podemos satisfacer —aparte de las adicciones que ya de hecho acompañan al acto o “necesidad” de comer, pues en el tema de la comida también suele haber cosas mayormente “adictivas”, que suelen ser en realidad las preponderantes, aunque no lo parezca (incluso ahí, en ese nivel de la mera comida)—.

Entonces, en ese “nivel pringado”, “nivel mindundi”... lógicamente el dinero es intercambiado en una especie de “asunto de vida o muerte” que no tendría nada que ver con lo que pasa con el uso del dinero en “el otro nivel”. ¿Cuál sería?

“El otro nivel” lo hemos descrito como, digamos...: “los altos vuelos del dinero”.

Lógicamente, este sería el nivel de “los ya no tan mindundis” (aunque podríamos pensar a bote pronto que “la tecnología ciega” va a ser cada vez más lo que rija en esto las cosas —en cierto modo, por cierto—).

Este es pues ese nivel en el que por ejemplo una entidad bancaria puede automatizar hasta cierto punto (valiéndose de “buenos profesionales” o “tiburones”, y de contratos, normativas, abogados varios, técnicas y aparatos varios... informática, etc.), puede automatizar incluso, hasta cierto punto, las cosas, de modo que el dinero se reproduzca siempre, y siempre cada vez más, y siempre al máximo —a ser posible—.

Así pues, es “más bienaventurado” poder dar dinero; y tener poder para poder dar, distribuir, mucho dinero (poder hacer muchas inversiones con el dinero, aunque sea el dinero “de otros” que están más o menos engañados —y autoengañados— sobre lo que está pasando, en muchos ámbitos). Y, obviamente, otra cuestión es en qué condiciones —con qué trato, tratos y contratos—.

Está “bien”, está bueno eso de poder dar (invertir) mucho dinero; es decir, tener el poder de situar donde y como se quiera ese “poder hacer cosas” que habilita a tener el dinero, materialmente hablando, en este mundo donde parece que cada vez más cosas son traducibles a la virtualidad de una “promesa de intercambio”.

Y todo esto se va haciendo de maneras que lógicamente se van metamorfoseando, con el paso del tiempo en las “civilizaciones”... al lógico vaivén de la invención y de los logros tecnológicos, informáticos, etc. Eso es lo que parecen hacer o hacían entidades como los bancos y similares, encauzando, siendo... un “mercado del dinero” que, como mercado, lógicamente, está más o menos trucado, o sea, es más o menos “falseado” (y ello por diseño, por defecto), pues también está —o básicamente está— “al servicio de nuestras heridas emocionales”, o sea, de las heridas álmicas de *la humanidad*, es decir, de las heridas en el alma individual tanto de los humanos físicamente encarnados como de los desencarnados que haya por ahí —que los hay, y a miles de millones, por lo que estamos comprobando—, y, por tanto, como mercado, está al servicio, y así como expresando, todas esas inercias que son en general tan miedosas, y que llamamos “el sistema”.

Así pues, entre los dos niveles parece haber una relación intrínseca:

tanto miedo hay en el nivel “de andar por casa” (“mindundis” protegiendo sus respectivos miedos)... tanto “tiburonzago” habrá en el otro nivel “de altos vuelos” —de “ansia”, también protegiendo sus respectivos miedos—.

Y ahora, volviendo atrás:

Ni que decir tiene que, cuando damos algo, muchas veces esperamos recibir algo en la transacción.

Las relaciones parecen ser de hecho eso mismo. ¿Es natural?

En realidad no sería natural tener expectativas, pero sí es “lógico” ser agradecidos, si es que la gente no está muy herida, y hacer cosas que salgan de corazón, aunque no se hagan a la misma persona que nos hizo el regalo en cuestión.

Es decir, una cosa es que esté bien no tener *expectativas* (en realidad todas son desamorosas), y otra es “dar por dar”, “dar sin sentido”, o sea, dar sin sentirlo “de corazón” (o sea, con un corazón puro: sin motivos paralelos, es decir, quitando todas las adicciones emocionales que podamos... esas adicciones que expresan nuestras heridas).

Y, por cierto, ¿cómo se recibe “de corazón”?

El ansia de “tener más por el simple tener más”... eso, lógicamente es para satisfacer y ampliar las adicciones emocionales que ya se tengan (las mismas adicciones, digamos, pero que a veces, si se tiene mucho dinero o se mueve mucho dinero, se satisfacen a niveles colosales).

Es decir, los seres humanos, en muchos ámbitos, tenemos más y más, y queremos y seguimos queriendo más y más... para por ejemplo de ese modo poder influir incluso en el devenir del mundo. Para poder tener ese poder. La “lucha” parece ser o sería esa.

Y esto tiene que ver con “cosas muy tontas”, en realidad.

Son cosas como lo que podemos llamar “la herida de reconocimiento” en tanto que esa herida emocional que arrastramos poco o mucho todos, desde la infancia. Es decir, nos hiere el alma el hecho de que los adultos que nos acompañaban cuando éramos pequeños no nos podían literalmente “ver” (sentir en nuestra esencia única, y por tanto poder con ello sentirnos así reconocidos, mínimamente, tal como por diseño sería lo natural, pues si los adultos sintieran sus almas y se sintieran como lo que son, almas destinadas a la felicidad, ellos gozarían más y mejor —y cada vez más fácilmente— del mero hecho de la existencia de una esencia única en cada persona, incluyendo los niños, etc.).

También de pequeños nos sucedió que nos atacaron bastante, o que fueron mucho más displicentes que lo que normalmente son los adultos, etc.

Todo eso, desde la displicencia más sutil, hasta el ataque personal directo (tan común por otra parte) nos va minando el alma (y no queremos ni recordarlo, he ahí **nuestro** problema)... hasta que, oh, ocurre que (sin que sea por arte de magia, sino como consecuencia bien lógica), ocurre que, o resulta que... tenemos un “sistema” social que da pie a la existencia de la figura clásica del “tiburón capitalista”, o “el trepa”, el “ansias” (más o menos brillante), etc.

“Esfuerzo, ahorro, trabajo duro”... rezan los lemas que acompañan a veces todo esto, en diversas de esas religiones ideológicas —como antes las hemos llamado—.

Y es genial, si tales “lemas” salen bastante “de corazón”, y no sólo de las heridas emocionales.

Sólo que —tal como es evidente, y es lógico poder comprobar—, al ver que todos estamos bastante heridos en el alma, resulta que todos esos lemas aparentemente “dignos” y que “suenan bien” (ahorro, etc.)... sirven en realidad, o los usamos en realidad, para reforzar “la locura” del entorno y en nuestras almas.

Y a su vez, por cierto, esos “tiburones” a menudo serán en el fondo una especie de “soldados” o mercenarios de aquellos que (desencarnados y encarnados) puedan manejar con algo más de perspectiva todo el “juego de poder” que puedan abarcar en sus “mentes”... y para así poder satisfacer más ampliamente los diversos tipos de adicciones en torno al “poder por el poder”.

¿Decimos “más ampliamente”? Sí, es decir:

- Más a la larga, en el tiempo.
- Más globalmente.

¿Nos suena esto a algo? Sí: suena a “imperio”.

Y por cierto, ya hemos contextualizado en otros textos y audios —además— todo este “devenir imperialista”, hablando de lo que parece suceder en la relación entre el mundo físico y los “espíritus” (en el mundo de los desencarnados).

Pues en el mundo espiritual se siguen cultivando las adicciones emocionales, aunque todo cobre

un sentido más digamos “sutil”, pero que se traduce en cosas para nada sutiles a la hora de alcanzar su reflejo en el mundo físico, en “nuestro lado físico de la ecuación”, con la interacción que inevitablemente tiene lugar (en esta “co-creación”) entre por un lado nuestras “adicciones mundanas” (las adicciones emocionales en general, pero de las personas encarnadas), y por otro lado las adicciones “espirituales” y emocionales de los espíritus, a su modo también “mundanas” (es decir, todo el dolor espiritual y emocional de esas almas que ya “sólo” tienen el cuerpo-espíritu, y que por tanto están en ese “mundo de los espíritus”).

Es pues lógico ver que las adicciones “sumadas” de la humanidad den lugar a esa compulsión a “durar” y perdurar en cierta “inercia posesiva” más o menos “imperialista” —si la pudiéramos llamar así: “inercia posesiva”—, y también se siente como lógico que den lugar a ese “ampliar espacialmente” el alcance de esa misma “inercia posesiva”.

Pero, evidentemente, el “espacio” también se amplía hacia dentro, es decir, hacia dentro de los cuerpos, como “territorio” para seguir “industrializando”, y en paralelo a la industrialización de la Tierra, de las mentes (los tiempos de consciencia: publicidad, etc.).

Se trata pues de poseer inercialmente los cuerpos, de instituir eso, simple y llanamente, como semi-posesión de su biología; y eso es lo que parece estar de moda cada vez más, así como realizando un condensado a partir de nuestras adicciones emocionales (de los pecados, en realidad y en general)... y mediante el uso de —por ejemplo— los muy diversos y proliferantes tipos de radiaciones se infiltran y atraviesan todo —así como acompañando lógicamente esta especie de “movimiento inercial-posesivo”—.

Ese “poder por el poder” pasa a ser ejercido, aparentemente, “por la tecnología”. Y, por tanto, ese “poder” pasa a las manos de (o se forcejea por “tenerlo” entre) quienes puedan tener más perspectiva, o una perspectiva más global, etc., sobre las leyes físicas, leyes “económicas” (es decir, “económicas”: leyes del deseo, es decir, del manejo de los deseos, más o menos miedosos, de nosotros, “las masas”, etc.).

Dicha perspectiva sería evidentemente más “conocedora” (la que existe en el mundo espiritual), por no decir más “sabia”.

Es decir, serán los espíritus quienes en principio pueden tener una perspectiva mucho más informada acerca de las condiciones emocionales de la humanidad, vistas tanto global como individualmente (aunque nunca podrán ser tan “precisos” como Dios lo es a cada instante con la “lectura” de sus almas, las que Ella creó, a la hora de “medirnos” con dicha “lectura” —de esto hablamos en otros audios y textos—).

Entonces, como en parte ya vimos hace meses, el “poder por el poder”, es decir, ese afán... pasa así como a ser “tecnificable”, pasa así como a verse incorporado en tanto que algoritmos (planes o posibles “planes de planes”) en “la tecnología”, para ser modelado o encauzado por diversos grupos de espíritus, por lo que parece.

Nuestro “mérito” es cada vez más de ser servidores más o menos cegatos, como lleva ya tanto tiempo avisándose... servidores más o menos ciegos, y en una especie de tecnocracia (“para bien y para mal”, pues quizá se puede automatizar —con la inteligencia artificial— el que por ejemplo nunca nadie, ni en la Tierra ni en el mundo espiritual, vaya a tener la posibilidad de efectivamente llegar a desencadenar por ejemplo un “holocausto nuclear”).

Entonces, en el mundo en general, y también en el mundo espiritual, en realidad prima el deseo, es decir: quien se sepa enfocar más y mejor en el deseo, ya sea que esté en armonía o no con el amor... pero un deseo cuanto más puro mejor (enfocado, independientemente de su armonía completa o no con el amor más puro, insistamos).

Y si el deseo es el de literalmente poseer la Tierra (a sus almas), hay ahora un mercado de los

deseos y los datos de la humanidad para intentar llevar a cabo dicho deseo.

Los espíritus podrían saber enfocar y concentrar más objetivamente sus deseos (e indirectamente las energías-deseantes de otras almas que no son ellos), a la hora de “crear” (con la “materia” humana—alma— servida tecnológicamente).

¿“Objetivamente”? Me refiero en sentido “técnico”, pues pueden “medir” los deseos-emociones en las masas humanas, en alguna medida, y como correlación entre:

- Nuestra interacción consciente con la tecnología y las redes, es decir, la interacción “material” realizada por las masas humanas, desde aquella que realizamos mediante meros clicks con el dedo en un aparato... hasta los movimientos de nuestra “energía neurológica” en respuesta a estímulos más o menos programables, etc.

- Nuestra interacción “inconsciente” con todo eso, via radiaciones, etc.

A modo de dedicatoria

A modo de dedicatoria, y ya que tiene que ver tanto con “el altruismo”...:

Hay alguien que “no conocí”, pero podía haberlo conocido (murió cuando yo tenía 8 años de edad). Se llamaba Álvaro Iglesias Sánchez. Al parecer a Álvaro le llamaron “héroe de Carranza”, y tiene una estatua (busto) en un parque cercano a “mi” casa.

La estatua data del 15 de julio de 1982, y se erigió en su memoria porque falleció siendo muy joven, en un incendio en la calle Carranza de Madrid, habiendo salvado la vida (física) de tres personas y pereciendo en el intento de salvar a una cuarta (se metió en el incendio “por casualidad”, pasaba por ahí, entró a la casa a sacar gente... y murió al ir ayudando a algunas personas a escapar).

- Los datos sobre Álvaro están extraídos de esta entrada en un blog (de Carlos Viñas; entrada leída y activa como entrada de blog en julio 2023):

<https://madridafondo.blogspot.com/2010/11/madrid-alvaro-iglesias-sanchez.html>

- Otros enlaces relacionados:

https://commons.wikimedia.org/wiki/Category:Álvaro_Iglesias_Sánchez

https://www.wikidata.org/wiki/Q56550160#/media/File:Madrid_-_Parque_de_Berlín_4.JPG

<https://patrimonioypaisaje.madrid.es/sites/v/index.jsp?vgnextchannel=8fac3cb702aa4510VgnVCM1000008a4a900aRCRD&vgnextoid=2d08091d1b9c4510091d1b9c45102e085a0aRCRD>

Para variar, porque nunca lo hago, y porque me surgió “de casualidad” ver esto... acabemos con una porción del que llaman “Antiguo Testamento”:

*«Bienaventurado el hombre que pone su confianza en el Señor,
y no vuelve la mirada a los soberbios
ni a los que se enredan con la falsedad.
Oh Señor, Dios mío,
tú has multiplicado tus maravillas
y tus pensamientos para con nosotros. No hay nadie comparable a ti.
Si intentara referirme y hablar de ellos,*

serían demasiados como para ser contados.

El sacrificio y la ofrenda no te agradan; tú has abierto mis oídos.

Holocaustos y sacrificios por el pecado no has pedido».

Salmos 40:4-6. (Biblia, versión “Reina Valera actualizada”)